

HACIA SEVILLA

I

Apoyando la frente en el cristal de la ventanilla, la rubia Hilde contempla el paisaje, que pasa con un temblor de vista cinematográfica. Allá atrás se quedaron los pinares de Valladolid, las últimas sombras verdes del camino.

— España — murmura la linda extranjera.
— España, España...

El llano, desnudo de toda vegetación, extiéndese con un orgullo trágico hasta las líneas del horizonte. Una inmovilidad absoluta llena el espacio. No se siente ni una palpitación, ni un murmullo. No se ve ni siquiera un vuelo de ave. La tierra, que duerme después de la cosecha, y que ha de despertarse mañana, obedeciendo al conjuro hierático del sembrador, diríase muerta irremediamente. La sola idea de germinación fecunda parece, ante tal avidez, una verdadera locura. ¿Crecer algo en ese polvo gris, seco, pedregoso?... No... Más ideas de vegetaciones

extraordinarias podría tener el viajero en los desiertos líbicos, donde, por lo menos, se distinguen de vez en cuando matas incendiadas por el sol, ante las cuales se estiran famélicos y ondulosos, los largos cuellos de los camellos.

— España — repite Hilde. — España... Suavemente, su compañero se acerca á ella y le explica que esta región es la más seca, la más hosca del país.

— Es un desierto — dícele; — pero un desierto poblado por egregios fantasmas, de los que á ti te impresionan tan hondamente. Aquí, durante las noches claras, se ven desfiles de nobles señores enlutados, que cabalgan tras una litera misteriosa. Por aquí pasan, llevando ensueños sublimes, los reyes y los santos. Esta es la tierra de Santa Teresa, de San Juan, de Felipe II, de los grandes inquisidores, de los que conquistaron un mundo y descubrieron otro. Es tierra de amor y de tragedia...

* * *

Sin parecer oír, la rubia viajera sigue contemplando, con sus grandes ojos claros, el paisaje alucinante. El llano, siempre pardo, comienza á cubrirse de piedras, sin duda desprendidas, en épocas fabulosas, de alguna montaña que ya no existe, y redondeadas por torrentes que se

secaron hace millares de años. Una aldea aparece, allá en el fondo. Luego, otra. Luego, una tercera. Cercas formadas con guijarros, dividen los terrenos. Algo de vida rudimentaria anima de pronto el vasto erial. Ahí, muy cerca, pasa un carro cargado de pellejos de vino ó de aceite y tirado por cuatro mulas de lomos pelados. Detrás del carro aparecen, caballeros en minúsculos burros, hasta seis caminantes, que van inmóviles, embozados en sus mantas, arrastrando los pies. Y todo es gris, todo es pardo, todo forma parte de la tierra ingrata. Las aldeas no parecen haber sido construídas sobre el suelo sino haber surgido del polvo mismo; de tal modo continúan en sus elevaciones miserables la línea y el color del llano. Las bestias y los hombres son pardos. El cielo mismo, cubierto de nubes quietas, tiene, á pesar de su traslucidez intensa, un matiz pardo, de una melancólica suavidad.

* * *

— Mira... una torre.

Á la izquierda, en efecto, á cien pasos de la línea férrea, álzanse los muros de un torreón medio derruído. Su fábrica primitiva es de ladrillo gris, pero sus ventanales han sido tapiados con enormes cubos de granito. Al acercarse el

tren, una bandada de cuervos se escapa, graznando, de las almenas.

— Parece un castillo encantado — murmura Hilde.

— Tal vez lo es — contéstale su compañero. Y viendo que ella sonríe :

— Aquí — agrega — nos encontramos en tierra de brujas, como nos lo prueban los relatos de los viajeros del siglo xvii, que jamás atravesaban las llanuras castellanas sin hacer grandes preparativos contra el enemigo malo. ¿No recuerdas la historia del castillo de Quebaro, en cuyas torres vivía un ejército de duendes, que gritaban de tal modo, durante las noches oscuras, que sus alaridos se oían á cien leguas de distancia? Cada caserón abandonado tiene y ha tenido siempre sus habitantes fantásticos. Tú que eres de la patria de los kobols y de los silfos, debieras saberlo. En el castillo de San Adrián, entre Vitoria y Miranda, hubo antaño una princesa más bella y más poderosa que todas las hadas del Norte. Llamábase Mira, y era hija de un rey muy cruel. Sus ojos parecían dos carbones encendidos. Su boca era roja, cual una herida. Cuando un hombre la veía, prendábase de ella tan locamente que perecía al poco tiempo. Cada mañana encontraban los guardias reales algunas nuevas víctimas en los fosos del castillo. Y todo el pueblo lloraba tanta desgracia, tanto luto, tanta pena. Sólo Mira no lloraba nunca. Sus ojos,

al contrario, parecían más bellos á medida que mayor número de víctimas contemplaban. Porque la princesa, que desdeñaba á sus enamorados cuando estaban vivos, parecía complacerse en examinarlos voluptuosamente una vez que los veía muertos.

* * *

Á medida que el tren se acerca á Ávila, las rocas pulidas van siendo más abundantes y más grandes.

— Parecen las piedras cíclicas de las murallas de Argos — exclama el compañero de Hilde.

Ella calla. Pero en su imaginación no es el recuerdo de la Algólida, vista años antes, lo que surge, sino la memoria de una estampa antigua, en la cual veía ella con espanto, siendo niña, á los cíclopes descujadores de montañas lanzando contra el olimpo los peñascos más estupendos. Y, realmente, eso es lo que evoca este llano, en donde las piedras más enormes se amontonan en haces inverosímiles; eso es esta tierra, un campo de batalla de gigantes, después de una derrota y de un incendio...

De pronto, las peñas desaparecen y el llano gris extiéndese de nuevo hasta el infinito.

— España, España — murmura Hilde.

*
*
*

Y silenciosamente, con emoción, con respeto, casi con miedo, contempla la landa patética. Las palabras de su compañero la obsesionan. Esa es, en efecto, la tierra de una tragedia fantástica, representada por sombras egregias. Los inquisidores y los reyes pasan por ahí en las noches sin luna. Los amantes también. También los mártires... Hilde lo cree firmemente. Y así, poco á poco, para ella sola, de esa tierra árida, de esa tierra seca, de esa tierra regada de sangre y quemada de sol, levántase, como de las arenas del Desierto, las divinas alas del miraje...

— ¡Felizmente mañana estaremos en Sevilla!
— murmura.

II

Sin rumbo fijo, sin curiosidad concreta, casi sin darse cuenta de lo que hace, la rubia Hilde se pasea por las calles de Sevilla. Aureolada por su sombrilla roja, pasa por los barrios bajos y los chiquillos al verla corren detrás de ella para admirar irónicamente su elegancia exótica. Su sombrero, en especial, su gran sombrero de paja clara sobre el cual un ave fénix abre sus alas atornasoladas, produce una impresión de espanto á esta gente acostumbrada á la gracia severa de los tocados andaluces. « Te has puesto un gallo », dicenla, riendo, unos cuantos rapaces. Ella no los entiende. Pero como los ve sonreír, les sonrío, llena de gozo, llena de alegría, llena de dicha. Esta luz, esta atmósfera, este cielo, este aroma, este ruido, todo esto que es el ambiente sevillano, la embriaga suavemente. De vez en cuando se detiene ante un patio y contempla durante largos minutos el chorro claro del surtidor que canta su eterna canción de frescura.

— Ven á ver la Casa de Pilatos, que está al lado — dícela su compañero al encontrarse en la calle Imperial.

— No... no... otro día — contesta ella, — hoy no quiero más que pasearme, tomar un baño de luz andaluza, empaparme de aire sevillano.

Y después de una pausa, entornando los párpados :

— Sabes — agrega — hay instantes en que me parece que estoy desnuda; de tal modo toda la suavidad tibia de este aire me envuelve y me acaricia.

— ¡ Siempre loca ! — murmura Augusto apretándole el brazo con amor.

Pero ella sabe que no está loca. Ella se siente, al contrario, muy cuerda. Ella percibe con una claridad antes nunca sentida los más pequeños detalles de la vida que pasa. Las hojas que se mecen en los jardines, el agua que palpita en las fuentes, los rayos de sol que prenden chispas en los cristales, todo, en una palabra, tiene para ella una importancia extraordinaria. Ella goza de sentir que aquello no está sino para su encanto. y muy seria pregúntase cómo ha podido vivir tantos años en otras ciudades, bajo otros cielos, en otra atmósfera.

— Aquí — dice — todo es bello.

— ¿ No te parece que hay algo de florentino en la elegancia rosada del conjunto? — pregúntala Augusto.

— No — contesta Hilde; — yo no siento aquí nada que me recuerde otras ciudades. Florencia misma, tan hidalga, se me antoja más teatral que Sevilla, con sus palacios blancos, con su baptisterio de mármol negro, con su logia llena de esculturas, con su lujo, en fin, y con su arte. Sin duda, aquello es admirable. Pero esto es mejor aún, porque es adorable en su sencillez absoluta. ¿ No piensas tú como yo?... Suprime esa torre que surge por encima de todos los techos, suprime dos ó tres murallas almenadas, suprime unos cuantos palacios de aspecto romántico, y verás que todo es pequeño, que todo es modesto, que todo es familiar, que todo está hecho sin la menor intención de gustar ó de asombrar. Pero por lo mismo todo es asombroso... Asombroso, sí... Estos patios frescos, estos balconillos floridos, y las paredes mismas con su variedad de matices, y hasta los techos con sus tejas árabes, todo, todo es encantador, todo es delicioso... Mira aquello, por ejemplo... ¿ Hay algo más divino en ninguna parte del mundo?...

Lo que Hilde señala á su amigo es una callejuela llena de sombra y de misterio con sus ventanas diminutas y sus puertas bajas.

— Aquí es donde yo querría vivir para disfrutar de esta frescura en pleno sol, de este silencio en plena vida, de esta melancolía en plena alegría... ¡ Ah ! y este perfume que pasa en el aire y que nos acaricia á cada momento !...

¿Lo notas tú, Augusto?... Es un aroma muy especial que tiene algo de miel y algo de tomillo.

Augusto sonríe ante tanta exaltación.

— Es — la dice — el perfume de las cabelleras de mis paisanas, que están impregnadas de esencia de claveles.

— Es algo más amoroso que la cabellera — contesta Hilde muy grave — es algo en que hay besos, algo en que hay un soplo de bocas ardientes.

— Loquilla... loquilla...

Él ríe. Ella calla. Y juntos, acariciando ensueños diferentes, sintiendo de maneras casi opuestas las impresiones de la ciudad admirable, la extranjera rubia y el moreno español continúan andando, lentamente. En el barrio lejano en que se encuentran todo calla. Es la hora de la siesta. Las casitas parecen abandonadas. Y, sin embargo, no hay tristeza ninguna en las calles. Detrás de esas macetas, adivinase que las muchachas de grandes ojos de fuego bordan con paciencia soñando en cosas que son pecado. De vez en cuando un grito viene de lejos por encima de los techos. Es un vendedor ambulante de billetes de lotería ó de periódicos locales.

— ¡Que paz tan divina! — murmura ella.

— La ciudad muerta — dice él.

Y entonces, como para contestarle en nombre de la vida, una voz vibrante y gimiente, una voz que tiembla y se estremece, una voz que sin ser

armoniosa es agradable, lanza en el fondo de un patio la nota aguda de la canción andaluza, que es como un alarido de amor y de nostalgia.

III

— La Alcaicería — dice Augusto.

Hilde parece no oírlo. Los nombres de las calles, de las plazas, de los paseos, no tienen para ella ningún interés topográfico. Son sílabas cantantes y misteriosas que se mezclan y se confunden en su memoria, produciéndole la sensación de un estribillo mal aprendido; pero sin indicarla ningún lugar preciso. Triana y la Macarena, Santa Cruz y los Capuchinos, Santa María la Blanca y el Señor del Gran Poder, todos esos nombres de barrios que, además de su significado exacto, tienen un sonido halagador y sugestivo, acarician el oído cual si fueran frases sueltas de alguna copla. La linda extranjera se los repite á sí misma con un ritmo de guitarra andaluza, prolongando mucho los finales de cada palabra, poniendo una queja ligera en cada nombre de santo, haciendo temblar la frase entera. Santa María la Blanca, Santa María la Real, Santa María de la Luz... Y todo eso la distrae, todo eso contribuye á su ligera embriaguez de claridad, de poesía, de rareza.

—¿No encuentras que la Alcaicería parece una callejuela veneciana, una Mercería menos ruidosa?

— No, — contesta Hilde.

Esas perpetuas evocaciones de otras ciudades que tanto gustan á su compañero, á ella, lejos de satisfacerla, la irritan. Sin duda, una calle tortuosa y llena de tiendecillas se parece á otra calle llena de tiendecillas y tortuosa...

Sin duda, al entrar en el barrio de Santa Cruz por el postigo del Patio de Banderas, se pueden recordar las vías de Jerusalén, abovedadas y frías, aun en pleno verano... Sin duda, las terrazas, con sus macetas, hacen pensar en Túnez y en Argelia. Pero todas esas semejanzas son tan superficiales, que ni siquiera vale la pena de expresarlas. El fondo de la belleza sevillana es otro y es muy otro. Por la tarde, especialmente cuando las palomas que vuelven á sus campanarios se tiñen de color de rosa entre las claridades ligeras del ocaso, hay algo que sorprende por su belleza llena de languidez y de dulzura. Las ventanas de las casas pobres se abren entonces para dejar penetrar la frescura del crepúsculo. Por las plazas pasan, de regreso del campo, los rebaños de cabras con sus campanillas argentinas. De las torres se alza hacia el cielo, en alas de las campanas, el Ave María redentor. Las muchachas que salen de los talleres tararean en voz muy baja la petenera recién aprendida. Las

cancelas se entornan. Y de todo ese movimiento visperal se escapa un murmullo rítmico, que da á la ciudad su verdadera vida cotidiana, animada sin ser ruidosa, y más bien melancólica que alegre. Porque la tan renombrada alegría andaluza no aparece, por lo menos en Sevilla, sino en los lugares en que la risa es de rigor. Esto, Hilde, que es extranjera, lo comprende; mientras su compañero, que es español, lo niega.

— Todo — dice, en efecto, Augusto, — todo, todo, hasta las casas, hasta los perros, hasta las palmeras, todo es aquí alegre.

Ella contesta :

— Todo es ligero, todo es agradable, todo es color de rosa; pero alegre, no. La alegría es la risa y aquí nadie ríe. Los jardines mismos son graves, con sus cipreses negros y sus oscuras platabandas de arrayán. ¡ Qué digo los jardines ! Hasta los niños, esos deliciosos niños pálidos, que pasan ondulando ya rítmicamente con coqueterías voluptuosas, esos niños, de ojos negros y de caderas estrechas, no saben sino sonreír.

— Pero, mujer, ¡ por Dios !, esta calle, ¿ no es acaso alegre ?

Augusto vuelve á señalar la Alcaicería con sus tiendecillas llenas de caballitos de cartón y de nazarenos de barro.

— Es animada — murmura Hilde.

Un movimiento intenso y ordenado llena la clásica calle de los juguetes. Cada tienda invade

un trozo de acera con sus fantásticas mercaderías. Los niños se inmovilizan, abriendo mucho los ojos ante cada vidriera. Esas procesiones de madera, reproducidas con un realismo impecable y en las cuales las vírgenes llevan diminutos mantos bordados; esos desfiles de penitentes con sus túnicas moradas ó negras y sus altos capirotés; esos grupos de beatas arrodilladas y tapadas; esos obispos graves que levantan los brazos con ademán bendecidor; todo lo que recuerda el obscuro y suntuoso paganismo de la Semana Santa, y, junto á ello, lo que es la feria dionisiaca, con sus majos vestidos de corto y sus catetas serpentinas, con sus trapos vistosos y sus gestos petulantes, con sus guitarras y sus panderetas, atrae y seduce y hasta embelesa á la gente menuda. Pero en ese mismo embeleso Hilde descubre algo de la melancolía de la raza y de la tierra.

— Los deseos — dice — que en otros lugares se escapan de las almas infantiles por los labios, aquí están reconcentrados en los ojos. Mira con cuánta intensidad admiran lo que querrian poseer. Ya hay en ellos algo de pasión y de celos, y, más que todo, algo de ese gran orgullo, que es como la virtud esencial de la ciudad.

IV

El último *paso* ha pasado. Los claveles color de sangre van á adornar de nuevo las cabezas, ayer de luto. Tras las saetas, que suben temblando de ardor místico hasta el corazón de Jesús, van á sonar las seguidillas y peteneras. Porque este día de gloria es el sábado de resurrección de las castañuelas. Para nosotros, sobre todo, que traemos de Madrid ó de París, de Londres ó de Barcelona, una sed imperiosa de ritmos andaluces, de gestos sevillanos, de miradas flamencas, esta noche, en que se abren de nuevo los salones de danza, es un delicioso día de fiesta.

Y no me digáis que eso de la guitarras y los tangos son cosas para ingleses, porque entonces os diré que los ingleses tienen mejor gusto que nosotros. No, no lo digáis. Más aún, no lo penséis. Pensad, al contrario, con orgullo que en esta nuestra España, aun el día en que no quede nada, todavía quedará lo necesario para hacernos envidiar del mundo entero con tal que queden algunas

muchachas de grandes ojos negros que sepan bailar, al son de los palillos clásicos, unos cuantos bailes de la tierra.

— Todo esto — decíame anoche un amigo artista contemplando los esplendores de un desfile sagrado, — todo esto y mucho más lo daría yo por una de las fiestas que organiza el maestro Otero.

Yo, aunque me excomulgue el señor arzobispo, digo lo mismo.

La bailadora, en Sevilla, es lo que encarna la gracia de la ciudad. En un cartel, cuando lo vemos en países lejanos, pensamos en el acto en la Giralda, en la Torre del Oro, en los jardines del Alcázar. Ella es Sevilla. Es Sevilla viva y activa, Sevilla que ondula, Sevilla que ríe, Sevilla que vibra, Sevilla que ama. Es la Sevilla sagrada. Un antiguo metafísico del movimiento ha dicho hablando de la mujer que baila :

« Una armadura que no es de ninguna mujer en particular y la cual, inestable, á través del velo de la generalidad, atrae hacia tal fragmento revelado de la forma y bebe el rayo que la diviniza ». Todo esto significa que hay algo de impersonal y algo de divino en la flor que danza. « Vestal de la religión del ritmo » la llamó otro poeta. Vestal es; sacerdotisa es. Por eso no se pertenece, por eso forma parte de un todo en el cual se confunde con sus hermanas. En sus pantorrillas se ve el Esfuerzo, y sus « puntas »

son el Triunfo. Sus brazos denotan el ascetismo especial de la vida, en donde la energía se concentra en la gracia.

¡Oh! bailadora de esta tierra, morena vestal del ritmo cálido, bailadora del maestro Otero ó bailadora de la calle, con cuánto entusiasmo y con cuánto respeto saludo en este día en que la vida renace la anunciación de tu triunfo.

Adorad á vuestras bailadoras, sevillanos. Adorad á esas chicas que van esta misma noche á hacer sentir á los representantes del mundo entero lo que es la misteriosa vida íntima de vuestra Andalucía. Adorad á las niñas pompasas y petulantse que en el Salón de Oriente van á ondular dentro de una hora al compás de las palmas complacientes.

La bailadora es toda instinto libre, toda ritmo fácil, toda pirueta espontánea, toda locura ondulante. En Sevilla, cuando un organillo se detiene en una plazuela para moler sus monótonas armonías, un delicioso sacudimiento pasa por el cuerpo de las mujeres. Es el alma de la bailadora que palpita. Esas danzas no se aprenden en ninguna Academia oficial, ni expresan nada que no sea alegría y lujuria, amor y voluptuosidad. La mayor parte de las veces, la bailadora que nos sorprende es una muchacha del pueblo que no hace más que repetir en un tablado lo que sus paisanas hacen en las fiestas ó en las orgías íntimas. Las de lívido rostros, que levantan la

punta del pie hasta tocar el sombrero de quien las contempla; y las que ondulan ingenuas, sacudiendo sus collares de coral; y las que palpitan al son de las vertiginosas castañuelas, no representan arte ninguno. Pero representan algo más intenso, que es el instinto del pueblo armonioso, en donde el perfume de las cabelleras femeninas embriaga. Más lejos hay otras mujeres que bailan igualmente de un modo espontáneo, y entre las cuales, de vez en cuando, un ejemplar admirable aparece. Pero bailadoras que sean las diosas vivas de un pueblo amoroso, sólo en España las hay.